

.R.

12

F 363 fe

E

# MÁXIMO FERNÁNDEZ

ANTE LA HISTORIA  
Y ANTE SUS CONTEMPORÁNEOS

ENSAYO BIOGRÁFICO

POR

JUVENAL *seud.*

[Fernández Givell, Rogelio]



IMPRENTA ALSINA  
SAN JOSÉ, COSTA RICA

1913

MÁXIMO FERNÁNDEZ

ANTE LA HISTORIA

Y ANTE SUS CONTEMPORÁNEOS





## ENSAYO BIOGRÁFICO

---



No voy a cantar las glorias de un ilustre Capitán ni de un insigne estadista de cuya espada o de cuya pluma dependieran la suerte de los imperios, sino a relatar con la mayor sencillez posible la vida de un varón ilustre que, en el pequeño escenario que limitan nuestras altivas montañas y nuestros mares, ha luchado y sufrido por la causa redentora del republicanismo.

Atenas, Esparta, Tebas y Roma, fueron en un principio diminutas nacionalidades, y se hicieron grandes por el esfuerzo de sus hijos. La Roma de Camilo y Mucio Scévola, la ciudad de las siete colinas, no era en tiempos de los Gracos más grande que nuestra Patria, y la Atenas de Solón no era ni más rica ni más populosa. Sin embargo, Roma conquistó el mundo, y unció al carro de sus Cónsules y de sus Emperadores los leones del Atlas, los tigres del Ganges y las panteras de Numidia; y la Atenas de Pericles deslumbró al mundo con su saber y su belleza, y subyugó a los bárbaros con

la fuerza incontrastable de sus armas. Y es que los pueblos no sólo son grandes por su extensión territorial, sino —y principalmente— por el carácter y la inteligencia de sus hijos.

Al referirnos a Máximo Fernández, no es, pues, herejía recordar las virtudes de Cincinato y Cimón, pues Cincinatos y Cimones fueron nuestros padres, los que fundaron la República y luego volvieron a sus faenas agrícolas, considerándose felices con ver crecer, «libre y fecunda», nuestra nacionalidad.

Ese que veis cruzar bajo arcos de triunfo y lluvias de flores, con el rostro iluminado por una bondadosa sonrisa, y la noble frente tostada por los soles del Guanacaste y refrescada por las brisas del Pacífico, no es un guerrero victorioso que con la espada en la mano deslumbra y ahuyenta al enemigo, ni un soberbio Jefe de Estado que pasa con el boato de su alta jerarquía, sino un modesto ciudadano que, desde su juventud, ha luchado por los

derechos del pueblo y que con paso firme se dirige a recibir, ante el ara santa de la Patria, de manos del actual Mandatario, la corona de laureles que la República reserva a sus hijos predilectos.

Su historia política es luminosa y sencilla como su vida íntima, y resume en sí veinte años de la historia patria.

Nació el futuro Presidente de Costa Rica en la villa de Desamparados el 18 de noviembre de 1858. Fueron sus progenitores don José Francisco Fernández y doña Juana Alvarado, estimables personas a quienes él amó con cariño entrañable y que infiltraron en su tierno espíritu las virtudes que más tarde resplandecieron en el hombre y que han hecho de él un estadista modelo y una persona por mil títulos apreciables en su vida privada y en sus relaciones particulares.

Hizo sus primeros estudios en la escuela que regentaba en 1864 el ilustre General y Doctor Jerez, una de las personalidades más conspicuas de Centro América, y de quien conserva don Máximo hondos recuerdos de estimación y respeto. De ahí pasó a la antigua Universidad de Santo Tomás, donde hizo su enseñanza secundaria y profesional, distinguiéndose siempre como un notable y aventajado estudiante. A los 14 años obtuvo su título de Bachiller en Filosofía y Letras, a los 18 recibió el diploma de Bachiller en Derecho y a los 20, el título de Licenciado en Leyes.

Hombre de clara inteligencia, laborioso en extremo y de arraigados principios morales, pronto su nombre

figuró entre los de los abogados de más nota, y a su despacho afluyeron muchísimas personas para encargarlo de sus asuntos judiciales.

Así, trabajando sin tregua en el foro y en la agricultura, e invirtiendo sus ahorros en la adquisición de propiedades, logró don Máximo formar una respetable fortuna, mientras muchos de los que hoy lo combaten, derrochaban en orgías sibaríticas el fruto de sus fáciles ganancias.

Sus primeros pasos en la política se señalaron por un confinamiento y un destierro.

Era en tiempo del General Guardia. Regía los destinos de la nación ese hombre extraordinario, sobre el cual la Historia aún no ha vertido un juicio definitivo, pues si sus actos no siempre revistieron el carácter de un gobierno popular y democrático, preciso es abonar en su favor que fué un gran patriota, que más de una vez se sacrificó por la República.

«No hay corazón de veinte años que no ame la libertad y que no esté dispuesto a sacrificarse por ella», ha dicho Lamartine. El joven Fernández aún no había cumplido los veinte años y ya se sentía invadido de ese espíritu divino que engendra héroes y mártires y que hace de una humilde pastora el guerrero más glorioso de la Francia y de un oscuro soldado, de un «erizo» ignorante y vulgar, un Ricarte de la libertad, un genio que con su antorcha en la mano, se transfigura en el Tabor del sacrificio y se convierte en un dios, cuya alma inmensa, incapaz de contenerse en la arcilla humana, vuela al Empíreo envuelta en las llamaradas

del incendio. Máximo Fernández puso su corazón y su pluma al servicio de la libertad. Fué *El Preludio* su primera trinchera, su primer baluarte, y fué en ese periódico viril donde se dió a conocer como uno de los paladines de la Justicia y del Bien.

El valiente vocero, como era de esperarse, no tuvo larga vida. Las autoridades lo suprimieron y sepultaron a sus redactores en la cárcel. Máximo Fernández fué sacado con una fuerte escolta de San José con destino a un lugar insalubre del Pacífico (la isla del Coco). Supiéronlo sus amigos e inmediatamente prepararon la evasión del preso, quien logró escapar a la vigilancia de la escolta y embarcarse para Panamá en un pequeño bongo. La navegación fué difícil; mas la frágil embarcación, si bien no llevaba a «César y su fortuna», sí conducía a Máximo Fernández y el porvenir de la Patria, por lo cual, después de un fuerte temporal, se apaciguaron las ondas, serenóse el cielo, y el joven Fernández arribó sano y salvo a Panamá. Allí permaneció hasta que la amnistía del General Guardia le abrió nuevamente las puertas del país.

En 1885 contrajo matrimonio en la ciudad de Alajuela con la virtuosa y bella señorita doña Julia Soto, quien, desde entonces, ha sido la dulce compañera de su vida, que ha atravesado sin arredrarse los tiempos más tormentosos de la política, embalsamando su hogar y poniendo, sobre las heridas del odio, su inmenso cariño como un apósito de bondad y de ternura.

En 1886, el Lic. Fernández fué electo diputado al Congreso, y en ese mismo

año fué nombrado Secretario de aquel Alto Cuerpo. Superfluo es decir que desempeñó con patriotismo y fino sus funciones de legislador.

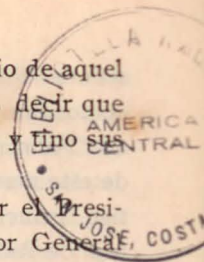
En 1888 fué llamado por el Presidente de la República señor General don Bernardo Soto, a ocupar el Ministerio de Gobernación, Policía y Fomento, cargo en cuyo desempeño puso todas sus energías, pero que se vió en el caso de renunciar el año siguiente o sea en 1889, cuando se hizo clara la simpatía del Gabinete en favor de la candidatura del Lic. Esquivel.

Al formarse el Partido Constitucional, don Máximo siguió aquel grandioso movimiento que culminó con el triunfo del Lic. Rodríguez en los comienzos y el fracaso de la insurrección del esquivelismo el 7 de noviembre de 1889.

La apostasía de Rodríguez lo separó para siempre del círculo de simpatizadores de aquel Gobernante, y en 1893 vemos al Lic. Fernández por primera vez al frente de las columnas democráticas.

Al iniciarse la campaña electoral —hace de esto la friolera de 16 años— un grupo de ciudadanos, agricultores y obreros en su mayoría, le ofrecieron la candidatura a la Presidencia de la República. Don Máximo aceptó y así se formó el Partido Independiente Demócrata.

Pero las candidaturas se multiplicaron. La Unión Católica proclamó al Licenciado don José Gregorio Trejos, el Partido Demócrata al Licenciado don Félix A. Montero, y otros partidos menos importantes; pero que contaban con no pocos prosélitos, a los



señores don Manuel de Jesús Jiménez, doctor don Carlos Durán y General don Fadrique Gutiérrez. En el fondo de este maremagnum o embrollo político, principiaba a mostrarse la enseña roja de Rafael Iglesias, Ministro de la Guerra y yerno del Presidente Rodríguez.

En estas circunstancias, don Máximo creyó patriótico amalgamar los diversos núcleos democráticos para oponer un sólo bloque a la Unión Católica y refrenar las ambiciones de Rafael Iglesias, e invitó a los otros bandos a una Convención a la que sólo concurrió Durán, quien ganó por uno o dos votos de delegados que, según entonces se dijo, le fueron desleales al Licenciado Fernández. A pesar de ello, don Máximo, por respeto al ideal democrático, aceptó el resultado de la Convención, y a la cabeza de sus electores fué a ofrecer al doctor Durán la candidatura de los dos bandos unidos.

Hoy que de nuevo aparecen como antagonistas en la arena política estos dos ciudadanos, nos parece oportuno evocar aquel momento solemne en que, delante de la misma casa y frente a la misma puerta donde se vociferó contra el Lic. Fernández y se cubre de cieno inmundo su personalidad, el ilustre patricio, con la cabeza descubierta, se dirigió al doctor Durán en estos o parecidos términos: «Señor; la Convención que se acaba de celebrar entre los Partidos Republicano e Independiente Demócrata, acaba de designarnos a vos como candidato de las dos fracciones unidas. Yo, vuestro adversario en la Convención, considero un

alto honor venir al frente de vuestros electores y de los míos, a ofrecer la candidatura, junto con mis vivos deseos de que salgáis triunfante en la lucha que se aproxima». Entonces don Francisco Montero Barrantes, con palabra elocuente y emoción no fingida, declaró que aquel acto honraba sobremanera a Máximo Fernández y lo elevaba a la altura de los verdaderos demócratas!

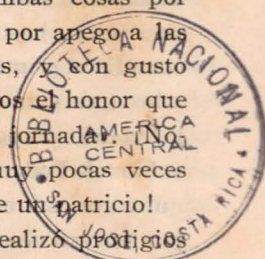
El doctor Durán no resistió quince días el análisis de su persona, y se retiró del palenque electoral, dejando burlados a cuantos en él fincaron sus nobles esperanzas. ¡Conducta muy distinta de la de Máximo Fernández, que siempre estuvo en la brecha como defensor de los derechos del pueblo!

Cuatro años más tarde, al anunciar Rafael Iglesias su intención de reelegirse en el Poder, Máximo Fernández, escuchando el llamamiento de la Patria, dejó de nuevo la vida apacible y fructífera de su bufete de abogado y las faenas agrícolas, para enfrentarse a las intenciones del déspota como uno de los Jefes más prestigiosos del Partido Republicano. La inusitada violencia con que Iglesias ahogó la protesta popular, hizo imposible el nombramiento de un candidato contrario; pero es indudable que, a no haber mediado esta circunstancia, ese honor hubiera recaído en el Lic. Fernández o en el Dr. D. Juan J. Flores, connotado repúblico herediano. El monterismo, a la muerte de su querido Jefe, reconoció como caudillo a don Máximo, y en 1897, la médula del Partido Republicano era precisamente el monterismo. Iglesias se im-

puso por segunda vez, y a raíz de los acontecimientos de Santo Domingo, se inició una era de terribles persecuciones contra el Partido. Fueron desterrados el Lic. Venegas, el Padre Hernández, don Matías Sáenz y muchas otras personalidades. Don Máximo continuó trabajando en pro de los ideales republicanos; mas en marzo de 1899, con motivo de la revolución del 25 de febrero, de que era jefe el General Velarde, fué desterrado en unión del doctor Flores, y esta fué la segunda vez que el esclarecido ciudadano abandonó el suelo de la patria a causa de su amor a la libertad. Este destierro casi le cuesta toda su fortuna, pues en su ausencia sus negocios se vieron comprometidos y perdió sumas considerables. A su regreso, encontró muerto el espíritu público bajo la bota del Dictador, y se recluyó en su bufete, resuelto a ocuparse de sus negocios que reclamaban toda su atención. Sin embargo, si él parecía desatenderse de la Patria, la Patria no se desatendía de él, y en 1901 le exigió un nuevo sacrificio. Rafael Iglesias, en unión de los prohombres del Partido Republicano, acababa de anunciar la candidatura oficial del Lic. don Ascensión Esquivel, su aborrecido adversario de 1889. El Partido Republicano, maniatado, se veía con asombro vendido por Cleto González Víquez, como vil mercancía, en la casa presidencial. Un pequeño grupo de «disidentes» enarboló la bandera principista en *El Derecho* y fueron a ofrecerle al Lic. Fernández la candidatura. Quien esto escribe, formaba parte de ese grupo de «visionarios» y «soñadores». El

Lic. Fernández nos aguardaba en su despacho, que es el mismo que hoy tienen los apreciables hermanos Coto Fernández cerca de la Iglesia Catedral. Él estaba de pie, apoyado ligeramente en el respaldo de su escritorio. Nosotros nos colocamos formando semicírculo en torno de él. Eramos a lo sumo quince personas, todos humildes artesanos y uno que otro estudiante de Derecho. A mi lado estaba don Faustino Montes de Oca. Nuestro jefe, el que dirigía nuestro pequeño grupo, habló, y se refirió a la situación política, a la gravedad del momento, a la necesidad de salvar los principios y el buen nombre del Partido. Luego, dijo, que simultáneamente, la candidatura del Lic. Fernández, en aquellos momentos, había sido lanzada en Heredia. Finalmente, habló don Máximo, con la fluidez de expresión de un alma templada en el fuego del patriotismo y dijo: «Señores: yo bien sé que lo que venís a ofrecerme, no es una corona de laureles ni una senda de flores, sino una corona de espinas y el camino del destierro. Yo acepto ambas cosas por amor a Costa Rica y por apego a las doctrinas republicanas, y con gusto compartiré con vosotros el honor que nos corresponda en la jornada. Ningunas palabras, cual muy pocas veces han salido de labios de un patriota!

En cinco semanas realizó prodigios el Partido y cábenos la satisfacción de decir que luchamos contra Iglesias y el Olimpo coaligados y que, a no haber sido la presión oficial que se ejerció con inaudito descaro, Máximo Fernández hubiera sido el Presidente de





Costa Rica, como lo demostramos en el proceso electoral de aquel año, en que miles de ciudadanos votaron ante notario por habérseles rechazado de las urnas.

Sostenido por el indomable carácter de su Jefe, el Partido no cayó y la bandera continuó flotando en el baluarte de *El Derecho*. Resultado de esa campaña fueron 4 representantes en la Cámara y ocho o diez municipalidades en las provincias de San José, Alajuela, Heredia y Guanacaste.

En 1905, Máximo Fernández se enfrentó a la candidatura oficial del Lic. don Cleto González Víquez, en compañía del Benemérito General Soto y del ilustre repúblico don Tobías Zúñiga Castro, y aunque de derecho le correspondía la candidatura de la Unión Republicana, por haber obtenido mayor número de votos en los comicios, sin embargo, por juzgarlo así patriótico, declinó ese alto honor—con el mismo desinterés con que se había presentado en 1893 ante la convención Republicano-Democrática,—en la persona del último de esos señores, y lo acompañó lealmente, sin la menor vacilación, hasta que el Lic. Esquivel cometió el crimen inaudito de desterrar a los tres genuinos representantes de la voluntad popular. Así fué cómo subió al Poder el Lic. González Víquez con su nefasto círculo y cómo por tercera vez fué desterrado Máximo Fernández.

El Partido Republicano eligió diputado, sin compromiso ninguno, al Lic. don Ricardo Jiménez, quien en el Congreso levantó la bandera de los nobles próceres proscritos, y en un

banquete brindó por ellos y porque sus hermosos ideales se realizaran algún día.

Máximo Fernández, al regresar del destierro, unificó su Partido, y al aproximarse la nueva campaña electoral, ante la amenaza de que Rafael Iglesias apoyado por el cletismo regresara al Poder, e inspirado, por otra parte, en sentimientos de gratitud por la generosa conducta del tribuno independiente, resolvió, de común acuerdo con sus compañeros, proclamar la candidatura del Lic. Jiménez, en vez de la suya, para el período presidencial de 1910-1914.

La Convención Republicana fué la apoteosis del ilustre caudillo y Ricardo Jiménez pronunció en su honor las siguientes palabras, que ha recogido la Historia:

«Vosotros (los republicanos) no sois un bando personalista, sino de ideas, sacrificais vuestros sentimientos en aras del patriotismo. Vuestro Jefe os ha facilitado la tarea. Con un olvido de su persona, sin precedente entre nosotros, ha sido el primero en recomendar el paso que habéis dado.

»Generalmente los acuerdos de este género se hacen mediante una contratación en toda regla: se presta apoyo, pero se exige recompensa. El señor Fernández ni ha pretendido ni ha recibido promesas de ninguna clase; el tiempo lo demostrará plenamente; pero con el mismo gesto de desprendimiento con que ha apartado la posibilidad de la Presidencia en el próximo período, ha colocado sobre sus sienes la corona inmarcesible del laurel cívico.»

No con este acto de noble desprendimiento dió por terminada el Licenciado Fernández su misión. Muy a lo contrario: como Jefe del Partido Republicano, indiscutible e indiscutido, libró contra el civilismo la gran batalla electoral de 1909, que fué el Waterloo donde para siempre se hundieron los sueños de ambición del círculo nefasto de los doce años. Máximo Fernández fué el héroe de esa campaña, y los que hoy, desde el campo duranista, intentan asestarle traidoras puñaladas, ayer humildemente recibían y acataban sus órdenes.

Cuando, con la sagacidad de la experiencia, columbró que el maquiavélico cletismo se preparaba para asaltar de noche y por sorpresa los baluartes del jimenismo, con el objeto de llevar a Rafael Iglesias al Capitolio, don Máximo, comprendiendo que la Patria le exigía un nuevo sacrificio, no vaciló en comprometer su nombre, su porvenir y quizá su vida, y se dirigió a Nicaragua en demanda de apoyo para asegurar el triunfo de las instituciones democráticas en Costa Rica. Parece extraño que un demócrata se dirigiera a un déspota en demanda de armas para salvar la República; mas recordemos que Washington no desdénó el auxilio del monarca absoluto de los franceses ni del rey católico de los españoles para independizar los Estados Unidos, y que, en los tiempos pasados, Pelópidas solicitó el apoyo de los atenienses para libertar a Tebas de los déspotas esparciatas, Trasilulo arrojó de Atenas a los treinta tiranos, con el auxilio de los tebanos y Temístocles, desterrado, no recha-

zó la amistad de Tisafernes. Finalmente, Máximo Fernández cruzó el Rubicón y fué a Nicaragua, no por un mezquino interés personal, sino para asegurar el triunfo de la candidatura Jiménez, que significaba la reivindicación de los derechos populares.

Durante la Administración del Licenciado Jiménez, don Máximo ha desempeñado un brillantísimo papel cooperando en el restablecimiento del crédito público, perdido por la temeridad de los anteriores gobiernos.

El arreglo de la deuda exterior, firmado en Londres por Máximo Fernández y los tenedores de bonos, es uno de los actos de mayor trascendencia en nuestra historia; salvó el decoro nacional y economizó al país, según la Memoria de Hacienda, once millones y medio de colones.

El Congreso, republicano en su mayoría, le discernió el 1º de mayo de este año, el alto honor de nombrarlo Presidente de la Cámara, y el viejo Partido, engrosado con elementos muy valiosos, nuevamente lanzó su candidatura para el próximo cuatrienio presidencial.

Tal es, a grandes rasgos, el hombre a quien aclaman los pueblos con delirante entusiasmo y que irá el próximo ocho de mayo en hombros de una lujosa mayoría al Capitolio de la República.

Nadie como él ha sido más aclamado y más combatido; nadie como él ha resistido durante más de veinte años el oleaje de las pasiones enemigas con la inquebrantable firmeza de una roca; nadie, en suma ha sido más

analizado, discutido, vituperado y aplaudido. Con sus hechos, llena veinte años de nuestra vida nacional y su vida está para siempre vinculada a nuestra historia.

Sus adversarios le tachan de apasionado y vengativo, y no observan que a su alrededor se encuentran sus detractores de otra época, que al fin lo comprendieron y simpatizaron con él; lo llaman «ambicioso» y no hacen memoria de su desprendimiento y de su modestia; lo juzgan aferrado al potro de la candidatura, y no recuerdan que en 1893, apoyó con su partido a Durán; que en 1905, apoyó con sus electores a don Tobías Zúñiga para que pudiera llevarse a cabo la Unión Republicana, y que en 1909, con un gesto de nobleza, apartó de sí la posibilidad de la Presidencia y fué el primero en aconsejar a los republicanos que acogieran la candidatura del Licenciado Jiménez. Y nadie puede honradamente sostener que don Máximo, al apoyar a sus antagonistas de un día, lo hiciera mediante contrataciones oscuras, como dicen sus poco caritativos adversarios, pues a todo el mundo le consta lo contrario y el mismo Presidente Jiménez, que jamás deshonró sus labios con una mentira, en la Convención Republicana ensalzó el desprendimiento sin ejemplo de don Máximo y puso sobre sus sienes la corona del laurel cívico.

Antes de terminar este estudio, detengámonos un momento a considerar al noble paladín en el recinto sagrado de su vida íntima en el seno de la amistad y de la confianza y en su apartamiento de bibliófilo y poeta. Porque

no sólo es poeta el que compone versos, sino el que rima el gran libro de la vida y enflora su alma con las inefables bellezas del arte y de la ciencia.

Todos los grandes filósofos, —Platón en *La República*, Rousseau en *El Emilió*, etc.—están de acuerdo en que no puede ser buen gobernante ni siquiera buen ciudadano, el que no es buen hijo ni buen padre, ni fiel esposo. El hombre público es el reflejo del hombre íntimo. El que es un tirano en el hogar, no puede ser ni un Aristides ni un Foción. Washington, el padre de la Unión Americana, fué un modelo de virtud como estadista porque era un modelo de virtud en el hogar. Los anglo-americanos aprecian en mucho estas cualidades y las tienen en cuenta en la elección de sus gobernantes. Máximo Fernández ha resumido en sí todas las virtudes de que pudiera enorgullecerse el mejor de los americanos: buen hijo, fiel esposo, padre ejemplar y leal amigo. Vedlo rodeado de su familia y decid si ese hombre, que es todo bondad y dulzura, es posible que sea ese déspota implacable que suponen sus adversarios.

Una de las pasiones favoritas de don Máximo es la bibliografía. Su biblioteca es posiblemente la más rica de las bibliotecas particulares. Su colección de periódicos cuidadosamente empastados y catalogados, es mejor que la que existe en la Biblioteca Nacional. Posee igualmente colecciones de escritos curiosos y otras muchas cosas que revelan el gusto exquisito de un artista. Es aficionado a las bellas letras, y a él se debe la publicación de la *Lira Costarricense*, un ramillete

fragante de poesías de escritores nacionales con el que demostró que a las faldas del Irazú y del Poás, no solamente se produce café y plátanos sino también las delicadas flores del arte.

Los sabios modernos aconsejan que, después de un intenso trabajo intelectual, es conveniente un trabajo físico cualquiera, no un reposo que puede entorpecer la inteligencia. Don Máximo, parte por seguir este principio, y parte por afición particular, después de una pesada labor mental, se ha ocupado de las faenas agrícolas, poniendo sus manos laboriosas en los instrumentos de labranza y también en los de carpintería. Don Máximo llegó, en su taller privado, a ser un notable carpintero. El ejercicio manual, al mismo tiempo que restablecía sus fuerzas mentales, ennoblecía su espíritu. Este detalle de la vida privada de don Máximo, indudablemente hará dibujar una sonrisa sarcástica en labios de sus aristocráticos enemigos, que odian la vida del taller y la consideran denigrante; mas agrada a los que no olvidan que Lincoln, aun en la Presidencia de la gran Nación Norteamericana, no olvidó su existencia de leñador; que el ilustre Mr. Taft, en los ratos que le dejaban libre los negocios de Estado, se ocupaba de la horticultura y de la floricultura, y que el Presidente actual de Colombia tiene pasión por la vida campestre.

Don Máximo es un hombre extraordinariamente metódico y de una educación exquisita. Si sus maneras son llanas, en cambio es uno de los espíritus más cultivados. Su mismo modo

de vivir lo revela. Sus fincas son un primor y su morada es un verdadero palacio. En tanto que sus adversarios viven en casitas de adobes y de bahareque, él vive en una hermosa mansión donde disfruta de todas las comodidades modernas. Ellos se alumbran aún con velas de sebo, él con ramilletes de luces eléctricas; ellos son trémulas candilejas; él es un potente foco de luz y progreso; ellos viven aún como los primitivos pobladores del país; él, como un hombre de la época, que tiene el espíritu abierto a todos los adelantos del siglo; él es la encarnación del espíritu progresista de nuestra Patria y simboliza el buen juicio, la honradez, la laboriosidad y la energía de los costarricenses; ellos son la encarnación del espíritu retrógrado que existe siempre en los países como un dique a los nobles impulsos de las almas grandes, y simbolizan el pasado, el espíritu colonial, arcaico, de la raza, rebelde a las inspiraciones de la civilización y que se arrebujaba medroso en las sombras de un pórtico antiguo espantado de la sublime claridad de la aurora.

Máximo Fernández llevará al Gobierno ese espíritu moderno que lo anima y hará de Costa Rica una democracia sana y robusta, no una aristocracia mezquina de levita raída, engalanada con brillantes de boro y gophir y con perlas de baratillo. Su espíritu práctico, reflejado en la vida nacional, reanimará la agricultura, vitalizará el comercio y fomentará extraordinariamente la industria. Bajo su caduceo, entrelazado de olivos, mirtos y laureles, las artes florecerán,

los campos incultos se convertirán en veneros de riqueza, los montes premiarán con el fruto de sus auríferas entrañas los esfuerzos del minero, la población se desbordará de la Meseta Central hacia las vírgenes llanuras del San Carlos, el fértil valle de El General, las fecundas costas del Atlántico y el Pacífico y las risueñas praderas del Guanacaste, reverdecidas por el mágico aliento de una eterna primavera, y todos los costarricenses, compenetrados de sus nobles anhelos, trabajaremos unidos, sin odios ni rencores, por la prosperidad de la Patria.

Tal es, en suma, el noble y generoso patricio cuya vida nos dispusimos reseñar en este modesto ensayo biográfico. Si alguno encuentra que nos hemos quedado cortos o nos hemos

excedido, que se fije en las acciones llevadas a cabo por el Lic. Fernández, y convendrá con nosotros en que los hechos son los mejores biógrafos. Más que el cincel de los artistas y el troquel de los grabadores, ellos son los que esculpen y graban las imágenes de los héroes y los inmortalizan en el bronce de la Historia.

La figura de Máximo Fernández se destaca pensativa, hermosa, noble y severa, sobre el pedestal de sus hechos, como sobre un bloque de mármol arrancado del Pentélico o del Himeto, iluminada por la radiante claridad de la hora.

*Juvenal*

San José de C. R., 18 de noviembre de 1913.





